



**Gertrudis Gómez de Avellaneda:
apuntes y recopilación de textos**

Estas líneas sobre la estancia en Cuba de Gertrudis Gómez de Avellaneda, luego de más de 20 años de ausencia y cargando sobre sí el peso de su fama de poetisa y dramaturga, no tienen un objetivo literario, sino informativo. Por ello, no son pulidas y pueden abusar de las citas, pero ¿no es maravilloso leer las palabras de la propia Avellaneda, las de sus amigos, o de sus críticos?

Redactar con premura y belleza tanto material lleva un tiempo que los lectores no pueden esperar, ni nosotros tampoco porque es tiempo ya de que mayor número de personas conozcan la personalidad, la vida y la obra de nuestra gran poetisa, y que se le dé en el Parnaso hispanoamericano el lugar que le corresponde, así como en el movimiento romántico de la Literatura española.

Miriam Rodríguez

(Escritora e investigadora cubana residente en La Florida, Estados Unidos de América)

EL RETORNO A LA PATRIA II

CARDENAS (20 AGOSTO 1860-SEPTIEMBRE 1863)

El 20 de agosto de 1860, Verdugo tomó posesión del gobierno de Cárdenas. Pasaron por Sagua la Grande, donde se dice que fue agasajada la Avellaneda. Desde aquí, Verdugo partió solo hacia Cárdenas, pues la Avellaneda se dirigió a La Habana para atender la publicación de su novela *El Artista barquero* o *Los Cuatro de junio**, y de la revista *Album cubano de lo bueno y lo bello*. Los viajes a La Habana mermaron al cesar la publicación de la revista en este mes de agosto, pero solía visitar a su hermano Manuel, en Guanabacoa, donde vivía casado con una cubana de origen francés muy rica: doña Julia de Lajonchere.

Ya el 3 de septiembre se reúne en Cárdenas con su esposo, donde recibió una serenata de bienvenida, y fue visitada y recibida por personalidades destacadas de la ciudad. Se inicia así la estancia más lisonjera y productiva de la Avellaneda en Cuba, pues allí conoció muchos buenos amigos, y tuvo una mayor participación social y cultural, debido quizás a la cercanía a Matanzas (la Atenas de Cuba) y a la capital.

Se dice que participaba en obras de caridad y de utilidad pública. Luego de más de 50 años, en una de las salas del hospital Santa Isabel, se colocó una lápida en homenaje a la Avellaneda:

“Gertrudis Gómez de Avellaneda, la más grande poetisa de todos los tiempos, honra de Cuba y orgullo de su sexo y de su raza; consagró a Cárdenas su ternura, contribuyó a la terminación del hospital que aquí se levanta, al que perteneció como enfermera honoraria y fue en esta ciudad ángel tutelar del desvalido, los cardenenses le dedican este homenaje a su memoria. A.D. MCMXIV”

En mayo se representó en La Habana “El Zapatero y el Rey.” Juan Martínez Villergas escribió en El Moro Muza que el “drama que se ha hecho tan popular por las fanfarronadas en que abunda.” Esto hirió profundamente a Tula, y cuando Villergas fue a visitarla, ella lo enfrentó con tal energía e indignación, que bajó las escaleras como alma que lleva el diablo.

De Tula hemos conocido, a través del estudio de su vida, que no era rencorosa ni abrigaba resentimientos en su corazón, ni siquiera hacia los que la hirieron en su oportunidad. Así obró con Villergas cuando realizaba un artículo sobre del movimiento literario en Cuba, para publicar en El Album cubano de lo bueno y lo bello. Se refirió a Juan Martínez Villergas de la siguiente forma:

“No recordamos si fue por entonces también la salida a la luz de otra novela –que aún no hemos tenido el gusto de leer- debida a la infatigable pluma del fecundo Villergas – el cual, así en la joven Cuba como en la vieja España, alcanza el envidiable privilegio de agradar a inteligentes y a literatos –lo que sí sabemos es que no tardó mucho en seguir “a la vida en el chaleco, con que aquel jovial publicista dotó a la literatura amena.”

Villergas reciprocó el gesto:

“Esta señora es de los pocos autores que entre nosotros tienen carácter propio; y

digo autores, tratándose de una señora, no sólo porque la palabra es común de dos, sino porque hay en el corazón de la Avellaneda tal energía, tal virilidad, que hubiera sido hombre capaz de las más heroicas hazañas si hubiera consagrado a la espada el tiempo que ha dedicado a las bellas letras (...) dotada de excelentes cualidades para la poesía lírica, en que ha dejado marcada la huella de un genio más sólido que otros vates mimados por la fortuna, ha cultivado la novela con talento y sostenido en la tragedia esa majestuosa entonación que sólo pertenece a los verdaderos poetas...tiene

en sus composiciones líricas la sublime sencillez de la verdadera inspiración, y tiene, sobre todo, el buen gusto clásico que hace compatible la fuerza de la dicción con las galas del lenguaje poético. (...) “La ilustre poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda dio a luz no ha mucho tiempo un periódico llamado El álbum cubano de lo bueno y lo bello, y al poner término dicha publicación devolvió el dinero a los que lo habían adelantado. Las personas que como la Sra. Avellaneda, tienen una garantía moral en su buen nombre, que vale tanto como todos los millones que hay en el más rico de los bancos, obran siempre así; no pueden obrar de otro modo, y cerrados los ojos puede cualquiera poner en ella su confianza.”

De los meses finales de 1860 no tenemos documentación en estos momentos. El año 1861, viviendo en Cárdenas, será muy positivo para la Avellaneda. Matanzas le abrirá sus puertas y su corazón, y disfrutaremos del gran homenaje obsequiado a la Avellaneda por la Atenas de Cuba.

En agosto de este año, escribió la poesía “A un cocuyo”.

A UN COCUYO (FRAGMENTOS)

Dime, luz misteriosa,

Que ante mis ojos vagas,

Y mi interés despiertas,

Y mi vigilia encantas,

¿Eres de un ser querido

Quizás errante ánima,

Que a demandarme vienes

Recuerdos y plegarias;

¡Oh. Pues, lucero o silfo,

Anima o genio, lanza

Más vívidos destellos

Mientras mi voz te canta!

De este año deseamos incluir alguna correspondencia o notas que, aunque no tengan mucha importancia, nos ofrecen cierta información de las relaciones y ocupaciones de nuestra Tula.

Cárdenas, 14 de agosto de 1861

Señor don José Miguel Angulo.

Mi apreciable amigo: Mma. Parent, directora del acreditado colegio de señoritas que tenemos en esta villa, y persona por todos conceptos recomendable, pasa a esa ciudad, donde permanecerá algunos días. Se la recomiendo a usted para que la atienda como merece y la haga ver cuanto de notable haya.

Si usted la proporcionará, además, el relacionarse con familias acomodadas, quizás haría usted a éstas el obsequio de hacerles conocer la señora más apta que hay en la Isla para la educación del bello sexo, y a madama Parent el de adquirir nuevas discípulas, cosa que a todos convendría.

Aprovecho con placer la ocasión de reiterarme de usted,

G.G. de Avellaneda.

Aurora del Yumurí, 17 de septiembre de 1861 (Blanchet sobre El Artista barquero:

“La suscripción a esta novela de la ilustre Avellaneda va creciendo satisfactoriamente, y no podía ser de otro modo, pues prescindiendo del mérito intrínseco de la obra, hay que recordar que es ésta una ofrenda magnífica de la poetisa a Cuba, a nuestra literatura naciente...Ella pudiera enviar la novela a su editor en Madrid, que se la pagaría muy bien, pero ella prefiere publicarla por su cuenta y riesgo aquí por tal de hacer a su patria un obsequio. ¿Habrán quien la desaire? Sabemos que una Lola, popular y elegante, apreciadora del mérito, se ha hecho cargo de una hoja de suscripción: ¿Quién será sordo al llamamiento de la gentil señorita?

Sr. Don Emilio Blanchet

Cárdenas, 13 de octubre de 1861

Mi estimado amigo: abusando quizá de la amabilidad de Ud. Le ruego me procure saber con los impresores de esa ciudad lo siguiente:

¿Tiene alguno de ellos papel de tamaño igual al de la Aurora del Yumurí y de calidad igual también por lo menos al de la nombrada publicación? Si tienen papel como indico, pregunto, además: ¿Será en suficiente cantidad para dar en noviembre dos mil ejemplares de la primera entrega de mi novela que contendrá unas 130 ó 140 páginas, (en octavo de dicho papel) y podrá proporcionarme más resmas para las dos entregas sucesivas?

Dado que se pueda todo esto, ¿Cuánto me llevará por cada pliego de impresión, dos mil ejemplares, letra más bien grande que chica (...)

(...)

Si se fija precio que sea decisivo, último y ruego a Ud. me avise sin pérdida de tiempo, pues no quiero cerrar trato en la Habana sin saber si la impresión de mi obra puede hacerse en Matanzas, punto más próximo a éste y por consiguiente al que con menos molestia puedo ir cuantas veces sea necesario. Quisiera también que de esto no se hablare (...) pues sabe Ud. que las habladurías se forjan sobre el menor cimiento, y no me conviene tener que ir a publicar la obra en la Habana después de que se haya dicho (como se diría) que he hecho esfuerzos por no..., prefiriendo Matanzas.

(...)

q.b.s.m.

G.G.A.

No quiero decir a Ud. nada de sus versos a mi venida a la Isla, porque lo reservo para hablarlo, cuando pronto nos veamos. Saludos al Sr. Curbelo*.

*José Curbelo, canario que, con un hermano, era dueño de la imprenta de La Aurora del Yumurí.

En Matanzas se estaba construyendo el teatro Esteban. Para dicha construcción se había organizado una sociedad, pero no había recursos económicos para terminarlo, y sólo tenía la armazón principal del techo. Por ello, el Dr. Ambrosio C. Sauto propuso llevar a cabo un bazar, como recurso para adquirir fondos con los que poder continuar la obra hasta la próxima zafra de azúcar, en que podía mejorar la situación. A este bazar invitaron a la Avellaneda.

Carta a Emilio Blanchet (suponemos de finales de octubre por mencionar el día de los Difuntos y la fecha para ir a Matanzas)

“Aquí en la isla es la impresión tan excesivamente más cara que en Madrid, y por consiguiente que en Francia, Bélgica etc. que yo me hallo desorientada del todo.”
(...) Se refiere a la Sra. Carlota Ruiz de Tolosa: “me elogia tanto esa dama y su carta me ha agradado con tal extremo que tendría gran placer en estar cerca de ella los días que pase en Matanzas. Ruego a usted que a la Srta. Sta. Cruz dé en mi nombre expresivas gracias por el auxilio poderoso que tiene la bondad de prestar a la suscripción de El artista barquero. También estimaría a usted que a la hermana y familia del gran poeta cubano, nuestro malogrado Heredia, expresase lo mucho que yo también deseo conocerlos y las simpatías que merece el apellido ilustre que tienen la gloria de llevar dignamente.

Por ser día de difunto el 2 y ser mi costumbre consagrar dicha solemnidad exclusivamente a su objeto, no saldré para esa hasta el 3 ó el 4. De todos modos avisaré previamente y, si puedo, anticiparé un recuerdito mío para el bazar.

Adiós, amigo Blanchet,

SS Avellaneda.

LA GRAN SEMANA

“La Gran semana”. Este es el título con que se califica a semana pasada (del 3 al 10 de noviembre) cuyos días ha pasado Matanzas en una serie de diversiones con la visita de Gertrudis Gómez de Avellaneda.

En 1859 se había invitado a la Avellaneda para la inauguración del Liceo de Matanzas pero ella se excusó –tal como se informó en la parte I de este relato- por la muerte de su madre.

Ya desde el mes de junio de este año, la Junta directiva del Liceo de Matanzas se había reunido en varias ocasiones para ultimar los detalles del gran homenaje a Gertrudis Gómez de Avellaneda, en el que la coronarían. Paralelamente se llevaría a cabo el bazar mencionado, de cuya celebración se enteraron muchas personalidades en otras ciudades. De la Habana asistieron D. Felipe Poey, y los poetas y directores del periódico Cuba Literaria, José Fornaris y José Socorro de León. Gottschalk, el famoso pianista, que se encontraba en Cuna, quiso tomar parte en las fiestas solicitándolo al Dr. Sauto. En Cuba, se encontraba Gottschalk, el famoso pianista, que en carta al Dr. Sauto, con fecha 29 de octubre, le solicita poder participar en los conciertos que se llevaran a cabo.

La Avellaneda regaló al bazar un álbum con hermosos versos de introducción. Este regalo sería rifado, para colaborar en la construcción del Teatro Esteban, que posteriormente se llamó Sauto. En la segunda hoja del álbum, Tula dedicó versos a Matanzas.

“Te amé sin conocerte: sí, yo amaba
Tu hermoso valle que la fama encomia
Tu Yumurí de inspirador murmurio
Que selfos mece en sus serenas ondas.
Amaba de tus bardos los cantares,
De tus hijas la gracia seductora,
De tus costumbres dulces la cultura
Que complacido el forastero elogia.”

El bazar duró 4 días. La Aurora del Yumurí publicó un folleto sobre el mismo en noviembre 1861. Produjo 28,000 pesos. El álbum de la Avellaneda se rifó en 170 pesos y tocó en suerte al niño D. Tomás Gener, hijo de D. Benigno Gener.

Escoto ha descrito las fiestas con lujo de detalles: “Allí estaba Lola Cruz, la belleza de aquella sociedad, del brazo de su caballero. Cuando la vio por primera vez la Avellaneda, sorprendida preguntó: ¿Quién es esa mujer? Deja de ser hermosa para ser distinguida.” Ya la Avellaneda tenía noticias de Lola Cruz, sin conocerla, por dedicarse a reunir suscripciones para la novela de Tula, tal como se expresa en la carta a Blanchet que incluimos anteriormente.

Aurora del Yumurí, 5 de noviembre de 1861 “Eran las diez de la mañana del domingo: una escogida comitiva, representando a la juventud de Matanzas y a la Sección de Literatura de nuestro Instituto Artístico y literario, aguardaba en el paradero del coliseo el ansiado arribo de la poetisa camagüeyana. “Conducida del brazo de nuestro amigo el Sr. D. Emilio Blanchet, llegó la Sra. Avellaneda a la especie de plataforma en que termina el tablado del paradero, donde la aguardaba ya reunida la comitiva, y una vez allí, ocupó la festejada el centro de un semicírculo que le habían formado los admiradores. Adelantóse entonces conmovido el joven Blanchet y en nombre de Matanzas, su patria, ofreció a la inspirada poetisa un precioso bouquet de flores naturales, acompañando su oferta con las siguientes palabras:

¡Píndaro de Cuba, salve, en nombre de Matanzas! ¡Salve en nombre de la cuna de Milanés! ¡En nombre de la predilecta de Plácido y Heredia! Con íntimo entusiasmo da ella la bienvenida a la que es gloria espléndida de Cuba, a la que dos mundos proclaman poetisa. Conmovida de inexplicable modo, bañada en llanto, tiende ella los brazos a la que derramó en la tumba del cantor del Niágara, lágrimas brillantes y eternas como estrellas! Admitid este ramillete, humilde ofrenda de nuestro afecto y ardiente admiración.

A continuación, el sabio naturalista D. Felipe Poey: Señora: la sección del Liceo de Matanzas manifiesta por mi voz el júbilo que siente, con motivo de la feliz llegada de Ud. a esta ciudad, y se complace en expresarle su afectuosa estimación, como asimismo los votos que hace por su prosperidad y buen éxito del “Artista Barquero” que ha de remar por las aguas yucayas, sobrenadar en las olas inmortales del anchuroso océano.

Sr. D. Gonzalo Peoli: Señora, cuánto siento no poder colocar en este hermoso ramillete que os brinda Matanzas, una bella y delicada flor de los Andes. Una de

esas flores cuya esencia aromatiza el cielo y esparce su fragancia por el mundo americano. Pero ya que no me es posible realizar tan ardoroso deseo, yo, como representante de la América del Sur, os brindo el afecto y la admiración que inspiráis a todos los americanos en cuyos corazones tenéis, no un jardín, señora, sino un templo de eterna gloria!

La Avellaneda se fue en un coche con el señor Blanchet hacia la casa de la Sra. Carlota Ruiz. Allí, una música dispuesta por varios jóvenes saludó a la Avellaneda con una obertura y varios aires del país. Una multitud de personas presenció su arribo a esta casa. El Sr. D. José Socorro de León, que estaba en la casa, pronunció un romance y D. Angel Mestre unos versos alejandrinos que manifestó había improvisado en el intervalo de tiempo que había mediado desde la llegada de la Avellaneda hasta aquel instante”.

La Avellaneda se había fijado en Lola Cruz cuando llegó a Matanzas, pero al enterarse que era ella quien se había ocupado de las suscripciones para publicar su novela, pidió la intervención de su amiga Carlota Ruiz para entrar en conocimiento.

Carta de Carlota Ruiz a Lola Cruz para que reciba a la Avellaneda.

“Querida Lolita: La Sra. Avellaneda me ha repetido hoy que habiéndole llamado Ud. la atención anoche por su belleza, sintió luego que supo quién era, el no haberla saludado como merecía por la fina atención que le reconoce: me consta que no le pesará entrar en relaciones con Ud., yo desearía, si es accesible, recibiera una invitación de Uds. Para que fuese allá a ver la procesión, pues, aunque pensaba que fuera al correo, ella estará más acompañada y satisfecha por los deseos que tiene de conocer a Ud. y cuya manifestación tiene el gusto de hacer su amiga. Carlota Ruiz. Saludos a su mamá y familia.” La Avellaneda recibió la invitación y nació una buena amistad.

El día 8 invitaron a Tula a un paseo por el río San Juan en un vaporcito, con música, cantos, y versos a la gran poetisa. Esta recitó una vez más la lindísima composición suya “La pesca en el mar”.

Aurora del Yumurí: “Anteayer viernes (8 noviembre) a las 5 de la tarde, salía una comitiva compuesta formada de señoras y caballeros de lo más granado de nuestra sociedad, y precedida por la Sra. Gertrudis Gómez de Avellaneda que, apoyada en el brazo de un caballero, se dirigía a la orilla del río San Juan. Una cómoda lancha, convertida en un elegante estrado, esperaba juntamente con el vapor que la habría de remolcar: llegaron todos al lugar designado para el embarque, y fueron entrando en el buque al grato son de una orquesta que derramaba torrentes de armonía.

Infinidad de curiosos presenciaban tan preciosa escena desde ambas márgenes del río. No bien se hallaban a bordo de la embarcación los que componían esa placentera expedición, cuando el atronador silbato del vaporcito “Príncipe Alfonso” anunció la hora de partir. El ruido de la hélice al herir las ondas; los ecos de la inspiradora música; las palabras que los viajeros se dirigían regocijados, y las mil y mil voces de despedida que lanzaban los espectadores desde tierra, todo formaba un maravilloso concierto, presentando a la vez un cuadro completamente indescriptible.

Al pasar la risueña flota por debajo del puente de San Luis, ocupado por un gentío inmenso, resonaron mil acentos entre los saludos que se cambiaban unos a otros.

El sol iba declinando lentamente; sus últimos fulgores comenzaban a trazar en ocaso ese golfo de púrpura y grana donde se sepulta el regio planeta: los rojos tintes del moribundo día se derramaban imprimiendo un matiz raro y bello: la dulce cantora a quien se le rendía u obsequio en este paseo, hallaba a doquiera que se dirigía sus ojos el lindo mosaico de u primoroso panorama.

Lánguida la tarde lanzaba su postrer destello vencida ya por las tinieblas de la noche: la luna entonces, como queriendo contribuir al mejor éxito de la amena excursión que iba rasgando la superficie del San Juan, aparecía en el espacio enseñando una pequeña parte de su blanca y luminosa esfera.

La lancha que conducía tan precioso cargamento cesó de repente de andar: la orquesta dejó de escuchar una de esas irresistibles danzas y todos se pusieron en movimiento: habían llegado a la bonita finca Los Molinos.

Una vez en tierra, se dirigieron los joviales expedicionarios a la casa donde mora la apreciable familia del dueño de la indicada finca, donde fueron recibidos con las mayores muestras de atención y agrado. El incesante y grato ruido de la sonora cascada, cuyas espumas se tienden por la menuda arena como brillantes aljófares, daba más interés y belleza a aquellos deliciosos contornos.

Después de recorrer una parte del ingenio admirando tanta hermosura, tornaron a la casa de vivienda, y bailaron dos danzas con sobrado júbilo. A poco de haberse ejecutado la segunda, tocóse a retirada y volvió el bajel a recibir a la insigne poetisa y su acompañamiento. Ya en medio del río, suplicásele a dos de nuestras más bellas señoritas que cantasen, y ellas accediendo gustosas, si bien usando su natural modestia, dejando escuchar su voz clara y sonora una linda canción cubana, que fue estrepitosamente

aplaudida. Tan propio encontrábamos el canto en semejante reunión, también nos parecía que dos gentiles matanceras cantasen en presencia de nuestra querida huésped, el agradable rumor de la corriente al besar el esquife, que no pudimos menos que felicitar a la persona que tuvo tan feliz pensamiento.

Al concluir la canción, rompió la orquesta en animadora tocata; entonces sonó una voz imponiendo silencio, y acto continuo pronunció nuestro co-redactor D. Rafael Otero la siguiente improvisación:

“Esa cubana armonía
Da vida a mi corazón,
despierta mi inspiración
Que entre dolores dormía;
Hoy a Cuba envidiaría
La bellísima Stambul,
Mirad ese cielo azul
Do mil estrellas están
Iluminando el San Juan
A la autora del Saúl.

Un sinnúmero de bravos lanzaron los oyentes batiendo palmas al terminar el Sr. Otero esa bonita décima, que expresó con voz llena y elocuente y que la Sra. Avellaneda acogió con ostensibles muestras de satisfacción.

Volvieron las dos hermanas a elevar sus tiernos acentos en dulce canto y volvieron a ser premiadas como la vez primera con ese espontáneo aplauso que arranca quien sabe con su voz conmover las fibras.

Algunos instantes después levantóse el que estas líneas escribe, y con fe en su inspiración y no en su númen, improvisó estos versos:

“Entre placer y armonía,

Un genio bajando a verla,
Conduce el San Juan la perla
Que el manso Tíñima envía.
Joya de tanta valía
Impone al genio la ley:
Aquí solo Apolo es rey;
Aquí va la maravilla,
Y aquí entre diamantes brilla
La perla del Camagüey.”

Los circunstantes dieron una prueba más de su galantería y delicadeza al autor de la citada décima. Nuestro apreciable amigo, el joven D. Emilio Blanchet, recitó con vibrante acento varias estrofas de una composición suya dedicada a la Sra. Avellaneda. La orquesta tocó enseguida una pieza escogida; tornó a callar y entonces llegó uno de los momentos más felices del paseo. A insinuación de un amigo nuestro manifestó la sin par Tula que iba a recitar una de sus composiciones poéticas: La pesca en el mar.

¡Qué sublime escena representaba en derredor nuestro! ¡Sólo un sueño, una ilusión nos parecía cuanto por nosotros pasaba! En ese río, donde más de una vez se posaron los ojos de Plácido y Heredia; donde aún se fijan las vagas pupilas del desdichado Milanés; en ese río, calle de esmeraldas con pavimento de plata, resonaba en la noche del 8 de nov de 1861, la conmovedora voz de la gran Avellaneda.

A las 8 y media de la noche, tocaba en tierra la afortunada embarcación de regreso de tan próspero viaje, y mientras los marineros disponían el desembarque, pronunció unos versos de (...) el autor de este folletín.

Cuando toda la comitiva se hallaba en tierra dirigióse a la morada de la amable Srta. Da. Carlota Ruiz, donde se hospeda la que tantas y tan marcadas pruebas del aprecio de los matanceros acaba de recibir.

Así que hubieron llegado todos a la mencionada casa, se sirvieron dulces, helados y licores.”

9 de noviembre de 1861. La vista de la poetisa también coincidió con los juegos florales del Liceo, en los que participó Tula como homenajeadas de esas fiestas.

Don Rafael del Villar leyó un elogio de la poetisa, y Federico Milanés, el poeta premiado que ofreció a la dama con otros versos, y el ramo de laurel.

Descripción del acto de premiación: “Las ocho serían cuando ocuparon sus asientos dispuestos en el escenario el excmo. Sr. Gobernador D. Pedro Esteban, la Sra. GG de A de Verdugo, el Sr. Pedro Hdez. Morejón, presidente del Liceo, el Dr. Rafael del Villar, director del mismo instituto, el señor secretario general D. Idelfonso Estrada y Zenea, los señores del Juzgado de los juegos florales que fueron Dr. D. Federico Fdez. Vallin, D. José Manuel de Ximeno, D. Antonio Guiteras, quedando vacante la silla de D. Manuel del Portillo por no haber asistido al acto. Ocupó asiento en el escenario el Dr. D. Gonzalo Peoli, representando a la sección literaria del liceo. La Avellaneda fue quien entregó los premios. Abrió la sesión el gobernador, presidente del instituto. Abriéronse los pliegos que contenían los nombres de los autores premiados y pudimos dar de todo corazón la enhorabuena al Sr. federico Milanés, cuya “Oda a la muerte de Quintana”, obtuvo el primer premio; y cuya comedia “La visita del marqués” consiguió los honores del accésit. Al Sr. Casimiro Delmonte, que tuvo segundo premio por su Oda, al Sr. Idelfonso de Estrada y Zenea, autor de la oda premiada en tercer lugar y del romance calificado como segundo en mérito, y al señor Domingo Delmonte y Portillo que obtuvo el premio por una memoria sobre fusión de ferrocarriles.

Concluida la primera parte de la función se repartieron helados entre la concurrencia. El Sr. gobernador tuvo la galantería de ceder la repartición de los premios a la Avellaneda, quien pronunció con este motivo estas palabras:

“Señoras y señores:

He aceptado con íntimo placer, y hasta me atrevo a decir también con legítimo orgullo, la honra que ha tenido a bien cederme el digno Sr. gobernador y el ilustrado instituto que llena este día el más dulce de sus deberes, estimulando con honoríficos premios al talento laborioso.

He aceptado con íntimo placer porque nada puede ni debe ser tan grato a mi corazón cubano, como el tomar alguna parte en los hermosos triunfos de la inteligente y estudiosa juventud en que funda sus más bellas esperanzas.”

La segunda parte fue dedicada a la Avellaneda. La bella y simpática Srta. Yarini cantó acompañada del cuerpo de coros de la sección lírica un precioso himno con música del Sr. Cortadellas. En segunda, se adelantó al proscenio el señor Federico Milanés y ofreció a la Avellaneda el ramo de laurel que ponía a sus pies el Liceo artístico, científico y literario de la entusiasta Matanzas, y le dedicó estos versos:

Mi patria amó tu genio sin segundo,
Cuando al son de tu lira triunfadora
Con tu enérgica voz, noble cantora,
Postrar hiciste al extasiado mundo.
La santa enseña del saber fecundo
Que hizo de Atenas del tiempo vencedora,
Aún no brilla en la margen que colora
De hirviente espuma el trópico iracundo.
El alba del progreso aún raya en ella
Mas si el suelo que viste de hermosura
El valle indiano, guarda tu memoria.
Matanzas une a tu corona bella
Esta ofrenda de amor: ofrenda pura,
Que da a su nombre un rayo de tu gloria.”

Después, la señorita D. Pilar Ortiz ejecutó al piano El carnaval de Venecia, de Schulkoff que fue estrepitosamente aplaudido. La Srta. Eugenia Barnetch, acompañada por la de Ortiz, cantó el Ave María, de Scubert. Tocó luego al piano la señorita Barnetch la gran fantasía de Prudent sobre motivos de los hugonotes. El Sr. Alejandro Odero y la Srta. Yarini ejecutaron luego el dúo de barítono y tiple de I’Masnadieri y cerró esta parte la señorita Barnetch tocando el Scherzo compuesto por ella misma.

La tercera parte de la fiesta y con la cual finalizó estuvo dedicada al baile donde los caballeros regalaron a cada señorita un ramillete de escogidas flores.

El 11 por la noche se hizo la coronación de la avellaneda en el gran patio de una quinta cercana, lujosamente adornado donde le pusieron la corona de laurel y oro. El discurso que se leyó lo escribió **Domingo Delmonte**. La avellaneda entraba por la puerta al son de una marcha tocada por la banda de música del batallón de voluntarios y acompañada de las Sras. Benítez de Vallin, Guiteras de Cartaya y Tonceda de Viciedo, las Srtas. Manuela Saladrigas, da. Dolores de la Cruz, Da. Elvira Guiteras, María delgado y Antonia Solís. Llegó el momento solemne: los Sres. Emilio Blanchet y Gonzalo Peoli condujeron por entre la multitud la corona que debía ornar las sienes de la ilustre poetisa: corona de laurel y oro, sencilla y elegante, no como para discernir un premio, sino para simbolizar el afecto, para expresar la admiración de todos.

Dio entonces lectura el Sr. Rafael Otero a un discurso a nombre de todos, escrito por Domingo Delmonte:

“Señora: en nombre de Matanzas que a nadie cede en entusiasmo por todo lo bello y noble, vengo a felicitaros y a ofreceros (...). Otros pueblos, todos los pueblos por donde habéis pasado, os han rendido el tributo que merecéis; pero ni la histórica Sevilla, ni Madrid la regia, ni la opulenta Habana, podrán nunca igualarse a Matanzas en admiración hacia vos, ni las oraciones ser más sinceras y afectuosas que la nuestra; porque Matanzas, señora, es patria de poetas y ha sido mansión de genios inmortales.” Conmovida respondió la Avellaneda:

Sras. y Sres. Recuerdo que ha dicho el célebre pensador que “el corazón tiene sus razones, que la razón no se explica”. En efecto, en mí se ha probado la exactitud feliz de esa bella frase. El instituto, adelantándose con mucho a la razón misma del sentimiento, me hizo amar a Matanzas desde antes de conocerla. Hoy que logro pisar por fin la florida alfombra de su riquísimo suelo, hoy que aspiro entre sus cultos y hospitalarios hijos este ambiente de amor, que embriaga el alma, hoy que recibo tantas, tan fraternales muestras de un cariño que debe enorgullecerme, y cuya halagadora expresión repiten en torno mío elocuentes intérpretes de la popular benevolencia...hoy, señores, veo justificada por completo aquella misteriosa razón que la razón no podía explicar; aquella ardiente simpatía que me ligaba de antiguo con este noble e ilustrado pueblo, y pido en vano al lenguaje pobre de los hombres palabras que alcancen a expresar las emociones infinitas que se desbordan en mi alma.

Os diré, sin embargo, que me aplaudo, me regocijo de que hayáis convertido en deuda sagrada, en deuda ineludible de reconocimiento, mis afectos espontáneos por vuestra poética Yucayo, y que si desgraciadamente no existen en mi inteligencia tesoros de luces con qué justificar por mi parte vuestro generoso entusiasmo, siento con ufanía que hay aquí, en este corazón que supo adivinaros, tesoros de amor, tesoros de gratitud con que eternamente pagarlos.”

Las últimas palabras se perdieron entre sus lágrimas y su emoción y un ruidoso aplauso, aplauso del alma, llenó la sala. Acto continuo leyó d. Bernabé Maydagan un discurso: Muy joven era yo aún, señora, casi un niño, cuando me llevó la suerte a visitar la tierra en que nacísteis: vuestro nombre empezaba a resonar ya entre los aplausos del mundo, y mi admiración a brotar dentro del alma. Los primeros versos que guardó mi memoria fueron vuestros, y daba gracias al cielo por haberme enseñado vuestra cuna.

Recitó Dalio Scala unas quintillas que gustaron. Y leyeron los señores Emilio Blanchet, Rafael Otero, Eusebio Guiteras, Gozalo Paoli y Angel Mestre composiciones poéticas...Llegó a su vez el baile, duraron las danzas hasta cerca de las tres de la mañana.

Esto se dio en la casa quinta del Sr. Ferrer y de la casa quinta de Juan Luis Gómez.

La Avellaneda se retiró poco después de las 12.”

El día 12 la Avellaneda se dirigió a La Habana, donde permaneció tres días dedicados a la impresión de su novela “El Artista barquero.” En el periódico Aurora del Yumurí se menciona una carta de Domingo Verdugo agradeciendo el homenaje ofrecido a su esposa, y al mismo tiempo anuncia a las personas que asistirían al baile del 19 de noviembre en Cárdenas que éste se ha suspendido por la muerte de la infanta. ojo

Srta. Da. Dolores Cruz.

Cárdenas 22 de noviembre de 1861

Hermosa amiga mía: perdóneme Ud. No haber podido contestar antes a su afectuosa cartita, pues me lo impidió, con harta pena mía, un atroz catarro tomado el día de mi santo y que me ha tenido muy fastidiada hasta hoy.

Sentí mucho venirme sin abrazar a Ud. y ofrecer a su Sra. madre ésta su casa –que ruego a usted ponga a su disposición- pero me consuela la esperanza de que antes de mucho hemos de tener el gusto de que Uds. visiten a Cárdenas solemnizando la inauguración de la estatua del gran Almirante, que estamos esperando de un día a otro.

Luego, además, cuento comer ciertos dulces que Ud. no dejará de dar a sus amigos en cierto dulce día que me han dicho no está distante, y para el cual prometo ir a Matanzas llevando cuantas flores encuentre en mi humilde jardincillo.

Mientras tanto, amable Lola, reciba Ud. las seguridades del gran afecto con que es de Ud. Y de su apreciable familia –que saludo- apasionada amiga y atenta s.

q.s.m.b.

G.G. de Avellaneda

Mi marido se pone a los pies de Ud. y yo beso las manos al Sor Jimeno.

*Sobre El Artista barquero o Los cuatro de Junio

Montesquieu nació en el castillo de Brède (Bredas). La Avellaneda se inspiró en la visita que realizara a la casa de Montesquieu para escribir su novela “El Artista barquero o Los cuatro cinco de junio.” Se considera que es la obra más importante que se publicó en América en el año 1861.

CARTA DE RAMON ZAMBRANA A TEODORO GUERRERO: 1861

“No ha mucho tiempo, querido Teodoro, que nuestra excelente amiga Tula escribió y publicó en La Habana su preciosa novela El Artista barquero –y yo al leerla le hice algunas observaciones en una carta, que le agradaron, y le prometí escribir un juicio crítico de su obra: no llegué a terminar oportunamente mi trabajo porque...exponía estas mismas opiniones, tratando de demostrar que El Artista barquero era una bellísima excepción que revelaba el exquisito buen gusto de la autora y enaltecía y honraba la literatura cubana.

(...) En el Artista barquero todo es bello y oportuno, y de provechosa trascendencia: todo es fresco, y ameno, y primoroso: es una joya muy rica, que brilla siempre con suaves reflejos: es una novela en el buen sentido de la palabra; y lo único que yo hubiera aconsejado a la autora es que hubiese debilitado un poco el colorido al trazar la hermosa figura de la Pompadour en la escena del delirio de Huberto, y que no hubiese sido tan indulgente con ella.”

Ramón Zambrana

(Influencia de la novela, trabajo que sirve de introducción al tomo I de Los cuentos de salón, de Teodoro Guerrero)

CARTA DE LA AVELLANEDA A LOS IMPRESORES DE LA NOVELA.

“Señores Pujolá y compañía:

Muy señores míos y amigos: creería faltar a un deber de justicia si, al terminarse la impresión de El Artista barquero, o Los cinco cuatro de junio, no diese a ustedes público testimonio de lo muy satisfecha que me hallo del trabajo de ustedes. Los pocos defectos son debidos todos a errores del copiante y a inadvertencias mías en la corrección de pruebas, que exclusivamente quise reservarme; ninguno de ellos pertenece a ustedes, que en una ocasión como en otra han sabido dar brillantes pruebas del orden y la inteligencia que presiden ese establecimiento tipográfico, digno de competir con los de Europa.

Aquí, donde la escasez de publicaciones niega a las empresas de tal índole adquirir crédito y utilidades, sirvan al menos de sincerísimo aplauso a ustedes estas breves líneas, destinadas a ser insertadas a continuación del nuevo libro que gracias a ustedes doy felizmente a la luz.

Ustedes no han sido sólo inteligentes editores de él; complázcome en confesar que, como auxiliares activos, como amigos generosos, se han afanado también en extender la suscripción y en servir a los suscriptores con exactitud rara; por cuyos motivos –además de la de declararme satisfechísima del trabajo tipográfico-, me reconozco en la indeclinable obligación de mostrarme al mismo tiempo agradecida, rindiendo a ustedes las más expresivas gracias y ofreciéndoles la verdadera amistad con que soy su más atenta servidora,

q.b.s.m. GG. Avellaneda.

